

impulso de este sentimiento. Pero no ha podido. La sensación de aislamiento y el deseo de hablar, y de hablar su idioma, han pensado en él más que toda aversión instintiva.

15 de enero

En dirección a Liverpool.-Suburbios de Londres, impresión de miseria. Terrenos cercados por vallas de arbustos. Pequeñas ciudades y pueblos apretujados, con miles de chimeneas en haces humeantes. Canales de agua diríase estancada; y por los canales barcazas largas, estrechas, cargadas y de colores chillones, en hilera. Llanura ondulada. Poca gente en los campos, casi nadie. Árboles: abetos, algún chopo. Animales: gallinas blancas, cerdos negruzcos, carneros, vacas. Montañas de despojos: ferralla, hojalata. Pistas de tenis, campos de fútbol. Pajares. Coles.

West Kirby, 19 de enero

Todo se esponja, feliz, bajo el sol. Los pájaros sobre todo. Cabría definir a estos pardales: pequeñas esponjas piadoras.

20 de enero

Paisaje escarchado. El sol se disuelve.

21 de enero

Fuera, caía una nevada bastante fuerte. Las ventanas de la biblioteca pequeña estaban abiertas. Los lectores no parecían preocuparse.

23 de enero

Esto ha tenido lugar en una iglesia metodista. Pasaban el platillo recogiendo limosnas. Yo había preparado un par de peniques. Y, en el instante en que me han acercado el platillo y yo alargaba la mano para depositar mi óbolo, me he dado cuenta de que sólo había monedas de plata. Ya era tarde para echarme atrás. Avergonzado, he dejado caer los dos peniques. Y allá han quedado, negros y humillados en medio de aquel resplandor colmado de plata.

26 de enero

Anteayer, Yvonne me dijo:

– Esta casa huele a muerte.

Yo no sentía nada de particular. Ayer, al llegar de la universidad:

– La hermana de Miss R. está muerta. Murió ayer por la tarde.

Las cortinas de las ventanas estaban corridas, según la costumbre. Por la noche, vinieron a buscar el cadáver para llevarlo a la iglesia. Quería ver

cómo se lo llevaban y me aposté en la ventana. Era una de esas noches diáfanas, como de alta montaña, que tenemos a menudo aquí. Llegó un furgón. Dos hombres entraron en la casa portando el ataúd. Al poco rato, salieron con el cadáver a hombros. Atravesaron el jardincito, dejaron atrás la cancela y lo depositaron en el furgón. Entonces partieron. Nadie de la casa les acompañó.

Hice saber mi deseo de asistir al entierro, y Miss R. me respondió que me lo agradecía mucho y que me invitaba a ir en su coche.

Esta mañana han venido a buscar las flores. Han llamado a Ivonne para que las viera antes de que se las llevaran. Luego, después de cenar, me han hecho entrar en el salón, donde había más flores. La dedicatoria no se coloca en los lazos, como en casa, sino en tarjetas que cada uno escribe de puño y letra con la dedicatoria deseada. Han venido algunos familiares y amigos, y hemos partido en varios coches. Un señor iba a subirse al de Miss. R., y ella se ha apresurado a impedirselo, exclamando:

– ¡No: el profesor, el profesor!

Me ha dado un poco de lástima.

El ataúd estaba en la iglesia anglicana, cubierto de flores. Ha salido un sacerdote y ha leído unos cuantos salmos. El conjunto era de una frialdad glacial. Cuatro hombres –los únicos que iban vestidos de ceremonia, con levita y sombrero de copa– han portado el féretro a hombros hasta el coche mortuario. Nos hemos llegado al cementerio que rodea la Parish Church. Un viento glacial y furioso agitaba las ramas sobre el cielo enajenado del anochecer. El hoyo, húmedo y profundo, se abría. Esperaba. Han hecho descender la caja con cuerdas. Todos hemos avanzado para verla en lo más hondo, enfangándonos en la tierra revuelta: queríamos ver cómo acabaríamos algún día. El sacerdote, inclinado sobre la muerta, con la mano extendida a punto de bendecirla, leía las últimas oraciones. El viento, que dibujaba la lividez en el rostro fruncido y arremolinaba grotescamente unos cuantos cabellos en lo alto de la frente, se enredaba en las páginas del libro sagrado e interrumpía la oración y la bendición. Al fin, todo ha terminado. El hermano ha hecho un gesto torpe de adiós, y nos hemos retirado dejando el ataúd sin cubrir. Sólo entonces, he visto llorar a Miss. R., sin olvidarse, aún así, de dispensar su agradecimiento a unos y a otros.

Al llegar a casa, nos ha recibido una merienda abundante, con rosbif, pudín, cakes, pastas, quesos, mantequilla, té, café, cerveza y whisky. Miss R., en un extremo de la mesa, cortaba el rosbif; otra señora, en el extremo contrario, servía el té. La conversación se ha animado; se han oído risas. Todo –banquete y conversación– se me hacía un poco irreverente. Pero poco a poco me ha invadido una sensación de comodidad.

20 de febrero

Me he equivocado de tren y en lugar de ir a Birkinhead he ido a Seacombe. He tomado el vapor que atraviesa el Mersey. Había una bruma espesa, y era fantástico el sonido de las sirenas en la oscuridad y el de las campanas de las orillas. A pesar de sus luminarias, no se veía a los buques que cruzaban hasta que se nos echaban encima. Noches como ésta terminan de convencerme de lo que me decían hace poco: que los capitanes de estos vapores son escogidos entre los más expertos.

22 de febrero

Le he preguntado al lector de ruso si no tenía nostalgia de su país:

– No –me ha dicho: – ya no. Al principio pasé temporadas muy malas. Los ingleses no son nada sociables. Pero me he casado, me he casado aquí. Y probablemente me quedaré aquí toda la vida.

Y sonreía con dulzura, entre resignado y satisfecho.

23 de febrero

En días como estos me vienen a menudo a la memoria los versos de Hilaire Belloc:

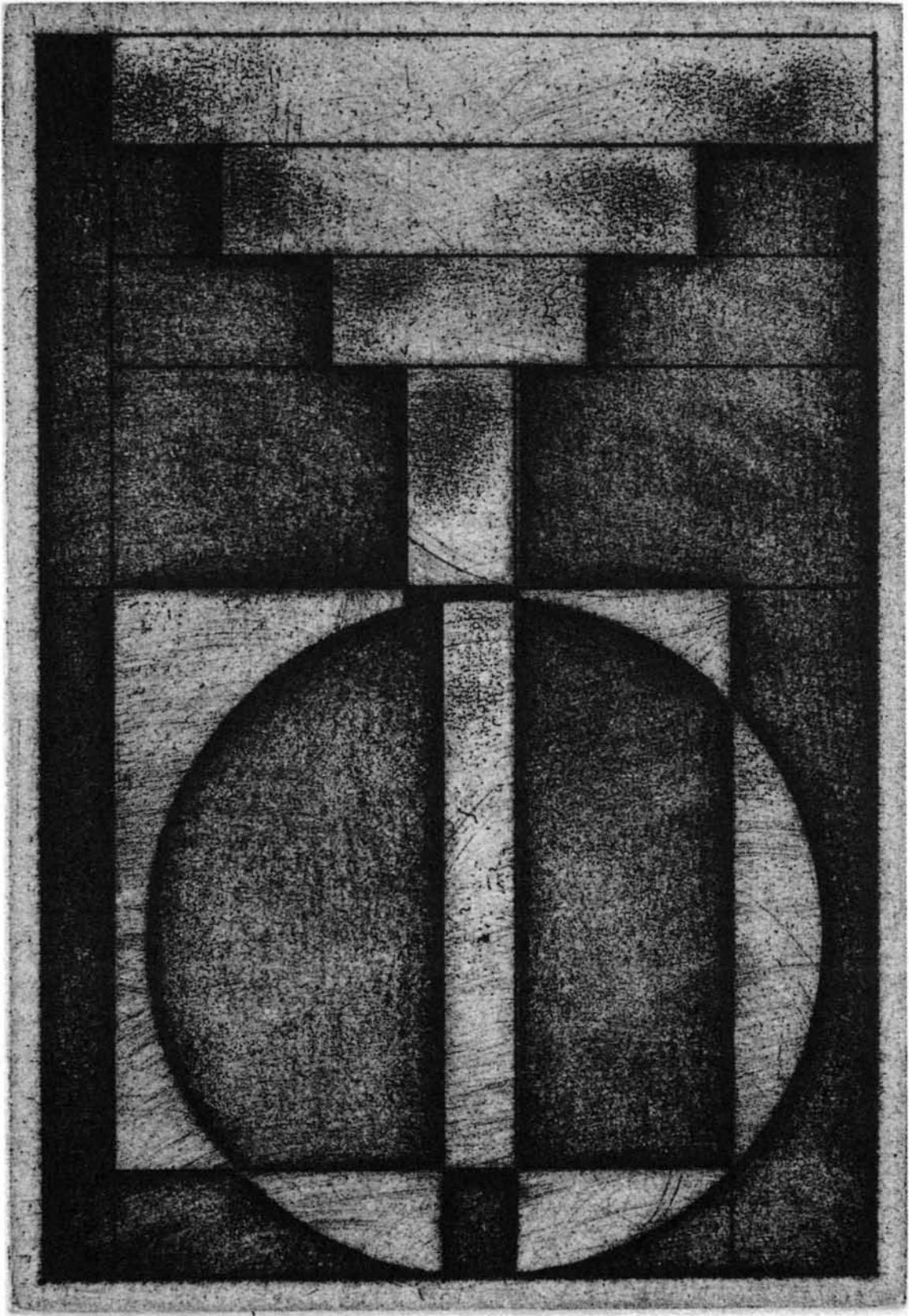
*Whem I am living in the Midlands,
That are sodden and unkind,
I light my lamp in the evening;
My work is left behind;
And the great hills of the South Country
Come back into my mind.*

*The great hills of the South Country
They stand along the sea...¹.*

Sólo que, para mí, el país del sur está más al sur, mucho más.

Traducción: Jordi Doce

¹ Cuando vivo en los Midlands, / Huraños y húmedos, / Prendo mi lámpara en la noche, / Mi trabajo se queda a un lado, / Y las grandes colinas del país del Sur / me vienen al recuerdo // Las grandes colinas del país del sur / Se extienden junto al mar.



Zipangu